

La impostura de Dios

Reseña del libro *La sombra del supremo* de Miguel Catalán, editorial Siruela, 2015.

Por Mario Pérez Antolín

Concebido con el fin de atacar por todos los ángulos de la comunicación humana el fenómeno del engaño y la mentira, el tratado de *Seudología*, que podríamos traducir por Teoría del Engaño, es un proyecto insólito en el panorama de la filosofía española e iberoamericana por la vastedad enciclopédica que contempla el plan de la obra, así como por su enfoque holístico y por la amplitud de disciplinas y saberes que abarca y toma en cuenta.

En el prefacio de este *La sombra del Supremo. Seudología V*, Catalán hace un repaso a los volúmenes hasta ahora publicados que nos puede ser de utilidad para enmarcar el proyecto. Según va desgranando el propio autor, el primer volumen, *El prestigio de la lejanía* (Barcelona, 2004; segunda edición: Madrid 2014), abrió el pórtico del tratado para estudiar la forma más común e indiscernible de astucia: aquella que ejercemos sobre nosotros mismos gracias a la ilusión y el autoengaño. Enmarcada por una cita de Marcel Proust “Mentimos mucho, en especial a las personas que amamos, y muy en especial a ese extraño cuyo desprecio nos causaría el mayor dolor: uno mismo”, Catalán va repasando las distintas fórmulas y métodos que utiliza el yo común para defenderse de la realidad con gratas excusas, dilaciones imaginarias y ficciones de compensación. El segundo volumen, *Antropología de la mentira* (Madrid, 2005; segunda edición: Madrid, 2014), ponía las bases antropológicas de las acciones y los hábitos mendaces. El tercero, *Anatomía del secreto* (Madrid, 2008), procedía a analizar el engaño defensivo. El individuo amenazado burlaba la vigilancia y el eventual castigo del grupo haciendo uso de la ocultación, el secreto y la intimidad, categorías sucesivas en el conflicto dialéctico por el control de la conducta. El cuarto, *La Creación burlada* (Madrid, 2012), sometía a examen los diversos medios empleados por las antiguas deidades para engañar a los mortales. Escribe el autor al respecto de este volumen cuarto que puede considerarse formando unidad con el quinto, como luego veremos: “Nuestro mundo ya aparecía como una



ficción ejecutada por los dioses, esos trasuntos celestes de los padres humanos que con tanta frecuencia ocultan la verdad a sus hijos. Bajo la sospecha de que los señores del cielo hubieran fingido el mundo, la Tierra se transformaba entonces en un laberinto donde nos habían dejado caer para divertirse a nuestra costa. Seres literalmente *ab-yectos* o arrojados abajo, los mortales atribuimos nuestras erráticas andanzas por los falsos caminos a una expiación de la culpa por haber atormentado en la infancia tantas lombrices, hormigas o cucarachas, o quizá por el espectáculo adulto con gallos, perros o toros que siguen muriendo a nuestro placer. Sólo que ahora éramos nosotros los perseguidos por el voraz tauro de Minos.

Los dioses, cercados por el tedio en su vida eterna, nos tomaban otras veces como conejillos de Indias en un experimento colectivo e instigaban por diversión la guerra entre tirios y troyanos o entre kauranas y pandavas. Las matanzas del sitio griego de Troya y de la guerra india de Kurukshetra no obedecían a razones de humana pasión, sino al juego que en las alturas se traían entre manos los Sempiternos con sus piezas de ébano y marfil”.

En este volumen quinto de *Seudología* Catalán se ocupa de la ficción del mundo como producto no ya de los dioses múltiples, sino del Dios único que lo ha creado, y en el sexto, que ya ha aparecido en este mismo 2015, entra en el ámbito de la ética con su obra *Ética de la verdad y de la mentira. Seudología VI* (Madrid: Verbum).

470

DICIEMBRE
2015

Supongo que cuando Miguel Catalán decidió dar comienzo a su monumental tratado sobre el engaño imaginaria que en algún momento tendría que vérselas, cara a cara, con el Hacedor. Pues bien, ha sido en esta quinta entrega en forma de libro donde el autor desentraña, de una forma precisa y exhaustiva, las implicaciones filosóficas de la falsedad divina.

Lo primero que llama la atención en este texto es la equilibrada utilización epistemológica de tres recursos que pocas veces los ensayistas saben combinar. Aquí, erudición, investigación y creación, corren parejos, formando un todo coherente que da como resultado una obra paradigmática muy difícil de superar.

Arranca el análisis, como no puede ser de otra forma, con una amplia digresión sobre la veracidad abstracta del Ser Supremo que no entra en conflicto con el secretismo de sus múltiples manifestaciones, interpretadas, no sin dificultad, por el saber hermenéutico a lo largo de la historia.

La pregunta clásica de la teodicea: ¿de dónde sale el Mal si hay un solo Dios bondadoso?, sirve como preámbulo de un amplio capítulo dedicado a la “degradación paulatina del ser hacia el vacío a partir de un Dios Supremo”. Desde la doctrina teológica monista, que concibe el mal sólo como privación de lo bueno, hasta la idea agustiniana de que el mal carece de causa, Miguel Catalán desvela los pormenores que conducen a Un Maligno intrigante e impostor que busca nuestra perdición.

Por lo que nos dice el autor y atestiguan las diferentes fuentes, parece que no está entre las intenciones de Dios salir de su interioridad para mostrarse a los humanos. Su naturaleza es arcana, por lo que sólo la fe, y no la evidencia del entendimiento, nos acercan a Él.

Destaca en la parte central del libro un pormenorizado y esclarecedor estudio sobre el poder simulador de la Divinidad en tres filósofos cimeros del pensamiento occidental: el contingentismo de Duns Scoto; la plena potencia y potestad que Ockkam atribuye al Supremo para ordenar lo que le parezca, independientemente de la calificación moral que nosotros le demos, y la hipótesis del dios maligno de Descartes.

Llegados a la Edad Moderna y una vez desechado el maniqueísmo primitivo, nos topamos, inevitablemente, con que “el Dios abstracto, único y omnipotente es el autor indirecto de la falsía al hacerla atractiva para sus criaturas”. El Diablo se convierte, entonces, en un fiel servidor del Padre Eterno, cuya misión no es otra que, mediante la mentira, comprobar nuestra fidelidad y nuestra fe. Aparece “el Demonio como una máscara de Dios”. Ése que Nietzsche describe como un disfraz del propio Divino Jardinero.

La aplastante lógica del libro nos conduce, irremisiblemente, a una conclusión no por esperada, menos sobrecogedora: “los engaños del mundo, junto al resto de maldades y defectos, no pueden ser sino queridos por Quien todo lo puede”. De esta forma nadie escapa a la trampa en la que constantemente estamos a punto de caer, porque ella no surge de circunstancias dadas o contingencias transitorias, sino que forma parte de nuestro ser, en tanto que ente creado por el Supremo. O como nos dice Miguel Catalán al final del libro: “la falsedad y la ilusión no son excepciones de la naturaleza ni de la cultura, sino que forman parte de ambas. Son inherentes a ellas e inextricables entre sí. El creyente en un Creador de la naturaleza, además, deberá saber que por fuerza los espejismos naturales obedecen a un engaño deliberado hacia sus propias criaturas por parte del motor inmóvil de todas las cosas”.

Pocas veces, a mi juicio, se ha escrito con tanta lucidez y penetración sobre la raíz teológica del mal y la mentira. Me atrevería a decir que éste será el libro definitivo sobre la materia.